

tiernamente la hierba sobre que se desliza murmurando. Más tarde, su lecho se ahonda y se ensancha y su carrera se hace más rápida. Muy pronto, engrosado por veinte ríos que llegan á porfía á derramar en su seno el tributo de sus aguas, el torrente rueda majestuosamente sus olas; y después de haber fecundado y enriquecido las tierras que recorre, lleva á su vez triunfalmente su tributo al Océano. ¡Triste y fiel imagen de la nada de las grandezas de este mundo!

Un encanto mayor aún atrae la atención á las diversas fases de la vida de los hombres cuyo nombre resuena gloriosamente en el mundo y que el buril de la historia ha grabado en rasgos inmortales para legarlos á las futuras generaciones.

Volvamos ahora á nuestros héroes predilectos.

CAPÍTULO VII

DONDE EL DEBER ES MÁS FUERTE QUE EL AMOR

La ocupación de la isla de la Roqueta trajo consigo la rendición del fuerte de Acapulco; y desde el día en que, acompañado de sus dos criados, dejó su aldea, el cura de Carácuaro había ganado veintidós batallas y sometido todo el sur de la provincia de México, desde el océano Pacífico hasta seis leguas de la capital de la Nueva España.

Mientras que el general mexicano se prepara á extender sus conquistas hasta la misma provincia de Oaxaca en que lo hemos visto por primera vez, vamos á prece-derle y á levantar la cortina que oculta otras escenas que allí se sucedieron durante ese mismo año de 1812.

Era una ardiente mañana del mes de junio, la estación de las lluvias no había principiado aún; y el sol incendiaba con sus rayos la polvorienta llanura de Huajapam. Una corona de colinas lejanas cuyo azul se confundía casi con el inmutable azul del cielo mexicano, servía de marco á uno de esos cuadros de desolación y de duelo que el genio destructor del hombre se complace á veces en trazar con arte infernal.

A lo lejos, hasta donde la vista podía llegar, se veían numerosos jinetes que batían la desierta llanura en medio

de habitaciones asoladas ó humeantes aún del fuego del incendio. Los caballos lanzados rápidamente en medio de los campos, pulverizaban con sus patas las ricas espigas que esperaban la mano del segador espantado y puesto en fuga. Hollado el suelo en todos sentidos, no ofrecía sino un montón confuso de tallos hechos pedazos y esparcidos que el caballero habría desdeñado dar como pasto á su caballo.

Grupos apretados de negros buitres volaban por todos lados, indicando los lugares en que los cadáveres de hombres y animales fueran abandonados á su voracidad.

Del otro lado de la llanura flotaba el pabellón español por encima de las tiendas del campo realista, donde acababan de extinguirse los fuegos de los vivaques de la noche. Los relinchos de los caballos se mezclaban al sordo resonar de los tambores y á las notas agudas de los clarines.

Más lejos aún, más allá del campo español y á dos tiros de fusil de la línea exterior de sus atrincheramientos, se elevaban por encima de las casas bajas y chatas de una pequeña ciudad, las cúpulas y los campanarios de las iglesias hendidos por las bombas. Esta ciudad ó más bien esta población, se hallaba en poder de los insurgentes.

Gruesos parapetos de tierra unían las casas esparcidas, la mayor parte desplomadas á cañonazos, formando una línea de fortificaciones incompletas frente á las del campo realista. En fin, el espacio de la llanura que se hallaba entre el campo español y la población, estaba sembrado de cadáveres todos mutilados.

Huajapam, es el nombre de la población, se hallaba defendida desde hacia cien días, por el coronel don Valerio Trujano con trescientos soldados contra mil quinientos hombres de una división española mandada por el brigadier Bonavía, gobernador de Oaxaca, y los comandantes Caldelas y Regules.

Se ha oído al muletero Trujano entonar con voz firme

ante la inundación, cuando luchaba contra su violencia, su *De profundis* y su *In manus*. Sin duda había impuesto su espíritu religioso á los sitiados, porque de vez en cuando llegaba hasta el campo realista, desde la triste y desolada ciudad, la grave música de un canto religioso entonado por trescientas bocas.

En un tiempo en que los clérigos dejaban el altar por el campo de batalla; en que nada, ni sus acciones ni sus palabras recordaban su primera profesión, don Valerio Trujano reproducía á uno de los personajes más austeros de nuestras guerras religiosas. Parecía uno de esos héroes ascetas, grandes rezadores de oraciones, cuya espada siempre levantada, golpeaba sin piedad y que marchaban al combate recitando la Biblia. Tal vez se pareciera mejor á uno de esos heroicos templarios tan fieles entonces á su humilde regla, que se arrodillaban antes del combate, en presencia del enemigo y cargaban sobre los sarracenos entonando el célebre salmo de la orden: *Quare fremuerunt gentes*, ellos que no temblaban ante nada.

Tal era el cuadro que aquella mañana presentaban las llanuras de Huajapam; campos devastados, ruinas, cadáveres por todas partes y la bandera realista en frente de la bandera de la insurrección.

Ahora, antes de penetrar en la ciudad sitiada, daremos un vistazo por el interior del campo de los sitiadores.

Al principiar la mañana, dos de los dragones que batían la llanura llevaron consigo á un hombre y entraron al campo por el lado opuesto á la ciudad de Huajapam.

Este hombre vestía al estilo de vaquero, es decir: con el enorme sombrero cubierto de una tela encerada, la chaqueta y las calzoneras de piel de gamo de un rojo de ladrillo; el zarape atado por detrás de la silla y grandes espuelas de hierro. Decía ser portador de un mensaje para el coronel don Rafael Tres Villas. Por lo demás, llevaba un hermoso caballo retinto.

Asustado aún por la presencia y por el olor de los cadáveres diseminados sobre la parte de la llanura que

acababa de recorrer, el caballo exhalaba de cuando en cuando ronquidos de naturaleza particular.

Los dos jinetes vestidos con el uniforme de dragones y el vaquero, atravesaron una parte del campo y se detuvieron ante una tienda bastante grande cerca de la cual uno de los asistentes del coronel acababa de almohazar otro caballo, no menos hermoso ni menos fuerte que el que llevaban en aquel momento.

— ¿Cuál es su nombre, amigo? — preguntó el asistente al vaquero.

— Julián — respondió éste. — Soy uno de los servidores de la hacienda del Valle; y traigo al coronel, que es su dueño, un mensaje importantísimo para él.

— Bien — dijo el asistente. — Voy á avisar al coronel.

Se alistaban en el campo para intentar el décimo-quinto asalto sobre la ciudad defendida por el coronel Trujano; y don Rafael Tres Villas acababa de vestirse de gran uniforme para asistir al consejo de guerra que debía preceder al asalto, cuando el asistente penetró á su tienda.

A la palabra mensaje pronunciada por el asistente del coronel, no pudo éste contener un estremecimiento súbito ni evitar que mortal palidez cubriese su rostro.

— ¡ Está bien! — contestó con voz que delataba su emoción. — Conozco á ese hombre, respondo de él; que se le deje libre... Y que entre dentro de un instante.

El asistente salió para transmitir la respuesta del coronel. Los dragones que habían llevado al vaquero se alejaron, dejándolo solo esperando el momento en que pudiera entregar su mensaje.

Aprovecharemos ese instante de espera para referir de la historia de don Rafael, desde su partida al galope para Oaxaca hasta este día, lo que es conveniente que no se ignore.

Cuando el dolor causado por la muerte de su padre se hubo amortiguado; cuando la mortal inquietud que experimentaba desde la terrible promesa que hiciera

principió á calmarse, una sola línea de conducta se presentó á su cerebro: la de ir á Oaxaca en busca del comandante de la provincia, el brigadier don Bernardino Bonavía, y obtener de él un destacamento para ponerse en persecución de los insurgentes asesinos de su padre.

Por desgracia, no obstante el entusiasta recibimiento que le hizo el general, era tal el espíritu de fermentación en la ciudad de Oaxaca, que apenas bastaban para tenerlo á raya los mil quinientos hombres que estaban bajo sus órdenes. Don Rafael no pudo, pues, decidir á Bonavía á debilitar sus fuerzas, ya bien poco numerosas.

Mientras se verificaban estos sucesos, un capitán español, don Juan Antonio Caldelas, temiendo los peligros á que se hallaban expuestos sus compatriotas, se ocupaba en equipar á sus expensas, en un lugarejo poco distante de Oaxaca, una guerrilla en favor de la causa española. Don Rafael, ardiendo en deseos de venganza, no vaciló en reunirse al capitán Caldelas, quien por su parte hacía también preparativos para marchar contra Antonio Valdés.

Caldelas no tenía, como don Rafael, motivos de animosidad personal contra el guerrillero; pero quería, al destruir su tropa, aniquilar el espíritu de revuelta de que aquél era el propagandista y el sostenedor. Puso pues, con gran contento suyo, á las órdenes de don Rafael, el puñado de hombres que había reunido bajo sus órdenes. Ambos marcharon contra el insurgente, dándole alcance en el cerro de Chacahua donde el viejo vaquero se había atrincherado; y á pesar de la resistencia que encontraron, lo desalojaron al fin de sus posiciones pero sin haber logrado apoderarse de su persona.

Quince días transcurrieron así en inútiles persecuciones, hasta que al fin, después de una acción encarnizada, puestas en fuga las gentes de Valdés, no le vieron regresar al punto designado de antemano para reunirse, en caso de derrota.

No volvieron á oír hablar de su jefe que desde esa fe-

cha desapareció para no volverse á mostrar. Valdés iba huyendo, cuando oyó por detrás, el ardiente y ronco resoplido de un caballo lanzado tras él sobre sus huellas. Era el bayo obscuro del capitán Tres Villas, que le alcanzó en algunos saltos.

Corta fué la lucha empeñada entre los dos jinetes; y á despecho de su habilidad ecuestre, el vaquero, arrancado de su silla por una mano vigorosa, se sintió arrojado al suelo tan rudamente, que no tuvo fuerzas para evitar que el lazo del capitán, tan buen jinete y tan diestro como cualquiera de los domadores de caballos de su padre, se le arrollase, le estrechara y lo arrastrara atado á su caballo.

Al cabo de algunos minutos de rápida carrera, Valdés estaba muerto; y sus más celosos partidarios no habrían reconocido el desfigurado rostro de su jefe, si una mano no hubiese escrito por debajo de su cabeza, clavada en la puerta de la hacienda del Valle, el nombre del bandido y el del hombre que se la cortara.

Sin embargo, cuando se hubieron calmado algo las fogosas pasiones del capitán con la muerte de la primera víctima ofrecida á los manes de su padre, recobraron su imperio los sentimientos que la sed de la venganza relegara al fondo de su alma. Don Rafael sintió la necesidad de justificar su conducta en apariencia inexplicable á los ojos de los habitantes de la hacienda de « Las Palmas »; pero un legítimo orgullo le contuvo: un hijo que venga á su padre ¿debía estar en la obligación de excusar el cumplimiento de tan santo deber? ¿Le era menester hacerse perdonar el haberse convertido en enemigo de una causa que no podría en lo de adelante ser la suya?

El orgulloso silencio del capitán, debía concluir de arruinar sus esperanzas y hacer más infranqueable aún la barrera levantada de repente entre su amor y su deber.

La noticia de la muerte de Valdés llevada por un viajero que pasó por la hacienda junto con el texto de la inscripción que revelaba al autor, cayó allí como un rayo.

Por desgracia dicho viajero no refirió á sus huéspedes lo que ignoraba: la muerte de don Luis Tres Villas, causa de aquella violenta represalia.

Desde aquel momento, los habitantes de la hacienda consideraron al capitán como un traidor que, con las apariencias del más puro patriotismo, había ocultado sus ardientes simpatías por los opresores del país que lo había visto nacer.

Sin embargo, el amor de Gertrudis entrevió la justificación que desdeñaba el orgullo de don Rafael.

— ¡Oh padre mío! — decía ella en medio del dolor que la martirizaba — es imposible que don Rafael, de un día á otro, no nos explique su conducta por medio de algún mensaje.

— Y aun cuando la explique — respondía don Mariano — ¿será por ello menos traidor á su patria? ¡No! Él sabe que nada puede absolverlo y no se atreverá ni siquiera intentar hacerse perdonar su conducta indigna!

El mensaje, en efecto, no llegaba; y Gertrudis se vió forzada á devorar sus lágrimas en silencio. Sin embargo, el audaz desafío á la insurrección que su mano escribió, en la puerta del dominio del Valle, tenía algo muy caballeresco para que ella no pudiera defender por algún tiempo aún, la causa del ausente. Aun más: por un momento triunfó, pues se supo al fin que la cabeza del jefe insurgente no fué sino á reemplazar la del padre de don Rafael; y que la sangre había pagado la sangre.

Si en aquel instante se hubiera presentado el capitán, don Mariano, es verdad que no habría consentido en contraer alianza con un tráfuga de la causa de la emancipación mexicana; pero una franca y sincera explicación habría por lo menos desvanecido del espíritu del hacendado y del de su hija, toda idea de traición y deslealtad de don Rafael. Éste por su parte, ignorando que el asesinato de su padre no se había sabido en la hacienda sino con posterioridad á la muerte de Valdés, no aprovechó, naturalmente, la favorable oportunidad que se le ofrecía sin saberlo.

¡ Cuantas desgracias irreparables no han tenido por principio sino este motivo : el no entenderse !

Los dos capitanes realistas, Caldelas y don Rafael, habían hecho de la hacienda del Valle, fortificada con un cañón que suministró el comandante de la provincia, una ciudadela capaz de desafiar á todas las fuerzas de la insurrección en el país.

Mientras que hacía aquellas batidas encarnizadas en persecución de los otros dos asesinos de su padre, Arroyo y Bocardo, don Rafael dejaba á Caldelas el cuidado de guardar su fortaleza. El capitán Tres Villas, no escuchando sino los clamores de su corazón, había concluído por hacer una transacción entre su amor y su orgullo. Rechazando la idea de un mensaje, resolvió presentarse personalmente en la hacienda ; pero arrastrado por el ardor de su venganza, y para no exponerse á disminuirlo al ver de nuevo á Gertrudis, el capitán había demorado toda explicación con ella y su padre hasta haber cumplido una parte del temerario voto que le inspirara el dolor filial.

No se olvide en efecto que había jurado sobre la cabeza de su padre, arrancar la vida á sus matadores y ahogar en sangre aquella insurrección, causa de su muerte.

Pero sus desesperados esfuerzos no habían logrado sino destruir uno por uno, los soldados de los dos asesinos, escapando éstos siempre á su persecución. En fin, después de dos meses de la muerte de Valdés, se extendió el rumor de que Arroyo y Bocardo habían dejado la provincia para ir á engrosar el ejército de Hidalgo con los despojos de su guerrilla.

Don Rafael volvió á la hacienda del Valle guardada por Caldelas. Durante su ausencia, el general en jefe del ejército del virrey, le había expedido una orden para que volviese á tomar su puesto en el regimiento de los dragones de la reina.

Antes de obedecer, aunque cayese en retardo, resolvió don Rafael dedicar siquiera un día á los asuntos de su

corazón é ir á Las Palmas para humillar su orgullo ante su amor.

La justificación á los ojos de don Mariano, se hacía entonces más difícil de lo que lo hubiera sido dos meses antes. Las apariencias se habían convertido en realidades, las suposiciones en certidumbres y ya don Rafael no era para aquél sino un vulgar renegado. Algunas palabras formulaban y resumían la opinión del hacendado respecto á don Rafael ; y estas palabras resonaban á cada instante en los oídos de Gertrudis como un triste presagio :

— No llores la defección de don Rafael, decía don Mariano tratando de secar las lágrimas de su hija — él mentía á su amada como mentía á su patria.

Y ; cosa extraña á los ojos del padre ! su hija derramaba entonces sus lágrimas con más abundancia y más amargura.

Sin embargo, era tal el afecto que don Mariano había tenido por el joven oficial ; tales eran los tesoros de ternura encerrados en el corazón de Gertrudis, que sin duda alguna si se hubiese presentado en la hacienda, alta la frente y resplandeciendo de orgullo por el deber cumplido, habrían disipado todas las nubes la franqueza de su mirada y la lealtad de sus palabras.

Desgraciadamente la suerte había decidido que don Rafael no franquease más, al menos como amigo, el dintel hospitalario de Las Palmas.

El capitán se había señalado en la comarca como uno de los más encarnizados enemigos de la insurrección ; y aunque no hubiera sino una legua entre las dos posesiones de Las Palmas y el Valle, don Rafael juzgó prudente hacerse acompañar por media docena de sus jinetes.

La precaución no fué inútil como va á verse. Después de haber franqueado la cadena de cerros cuya cima dominaba las terrazas del edificio, don Rafael y su escolta se presentaron á la puerta que en otro tiempo daba salida por aquel lado. Esta puerta se hallaba recientemente tapiada ; y don Rafael tuvo que dar la vuelta á la hacienda

para presentarse ante el portón de la explanada. Pero no bien había doblado una esquina del edificio, cuando su reducida tropa vióse de repente cercada por unos diez jinetes de caras feroces.

— « ¡Muera el traidor! ¡Muera el *coyote* (1)! »

Al mismo tiempo que estos gritos resonaban en los oídos de don Rafael profundamente sorprendido, uno de los agresores lanzó de pechos á su caballo contra el flanco del caballo del oficial, tan violentamente que el animal cayó con todo y jinete.

Don Rafael habría perecido, si con la agilidad que en él acompañaba á la fuerza hercúlea de que se hallaba dotado, no se hubiese desprendido de los estribos y lanzándose de un salto sobre el caballo de uno de los hombres de su escolta que en aquel instante mismo cayó de su silla muerto á puñaladas por los asaltantes.

Reanimados por la voz de su jefe á quien creyeran muerto, los cinco hombres que quedaban con don Rafael, se abrieron brecha y se lanzaron á la montaña, á donde los insurgentes no se atrevieron á seguirles.

Un hombre muerto y su caballo retinto perdido, tal fué el resultado material de la tentativa del capitán de justificarse después de dos meses de silencio. Don Rafael tomó de nuevo el camino de la hacienda del Valle.

La cólera y el dolor henchían su corazón. Aquella hacienda de Las Palmas de que fuera el huésped querido, encerraba ahora enemigos sedientos de su sangre.

— Es extraño — dijo uno de los jinetes de la escolta que le seguía á distancia — se decía que Arroyo y Bocardo habían abandonado esta comarca; y, si no me equivoco...

— Son seguramente ellos — respondió el segundo jinete. — Los he reconocido; pero me guardé bien de decirselo al capitán. Está tan encarnizado contra ellos que si hubiera sabido de qué hombres acaba de escapar, no lo hubiéramos podido decidir á huir ante ellos.

(1) Chacal. Así designaban los insurgentes á los españoles.

Mientras tanto los agresores volvían á entrar en la hacienda.

— Triple tontería — decía á uno de sus compañeros un hombre de rostro feroz y brutal, de miembros recios y testuz de toro — en vez de dejarlo entrar á la hacienda; ó cuando lo hubiéramos cogido adentro...

Arroyo, pues él mismo era, acabó su frase con una mueca horrible.

— Don Mariano no lo hubiera permitido — replicó su compañero de cuerpo raquitico y con rostro astuto y feroz á la vez, como el de la hiena.

Este personaje era Bocardo, el compañero de Arroyo.

— Nos habríamos pasado sin su permiso — replicó Arroyo lanzando una mirada terrible: al fin y al cabo, ya no estamos al servicio de don Mariano. Ha llegado el tiempo en que los criados deben ser los amos de sus amos. ¿Qué me importa á mí la emancipación de la patria? ¡Lo que yo quiero es la sangre y el pillaje!

Y al decir estas palabras que traducían los verdaderos sentimientos del feroz insurgente, un relámpago de rabia brilló en sus ojos.

— Ahora nos hará huir — agregó — pues si este rabioso capitán sabe que estamos aquí, por nada del mundo dejará de venir á poner fuego en las cuatro esquinas de esta hacienda para quemarnos vivos. ¡Bestia de mí que te escuché!

— ¿Quién hubiera podido prever que se nos escaparía? — replicó Bocardo espantado ante la expresión del rostro de su compañero.

— ¡Tú! — exclamó el bandido.

Y dominado por el furor de haber dejado escapar á su más mortal enemigo, Arroyo golpeó con el mango de su cuchillo tan rudamente en el pecho de Bocardo, que éste cayó de su caballo como una masa, exhalando un aullido de dolor.

Dejando que su compañero se levantara como pudiese, el guerrillero pareció aconsejarse mejor: precipitó su caballo por la puerta de la hacienda y apeándose en el

patio, desapareció entre el edificio con su carabina en la mano.

Algunos minutos después, don Rafael siempre pensativo, subía la cuesta inclinada que conducía á la cima de los cerros, cuando un balazo disparado desde la terraza de la hacienda, hirió mortalmente al jinete de su escolta que se hallaba más cercano á él.

Una sonrisa de amarga tristeza entreabrió los labios de don Rafael y un dolor agudo penetró hasta el fondo de su alma al comparar este último adiós que recibía de los habitantes de la hacienda con el que le dieran al partir dos meses antes. La bala hirió precisamente al jinete que había juzgado prudente ocultar á su capitán los nombres de dos de sus agresores.

— ¡Es Arroyo el que ha disparado! — exclamó involuntariamente el que había creído reconocer al bandido.

— ¡Arroyo está en esa hacienda y Ud. no me lo decía! — exclamó el capitán con furor mientras sus bigotes se erizaban como los de un león próximo á caer sobre su presa.

— Yo no sabía... no estaba seguro... — balbució el jinete.

Poco faltó para que en la impetuosidad de su cólera, don Rafael le tratara más rudamente aún de como Arroyo había tratado á su compañero. Sin embargo se contuvo; pero sin reflexionar en las consecuencias, el fogoso capitán despachó al jinete mejor montado de su escolta con orden de traerle, sin perder un minuto, cincuenta hombres bien armados y algunos petardos para hacer saltar las puertas de la hacienda.

El jinete partió al galope y don Rafael apostándose con los tres hombres que le quedaban tras un repliegue del terreno que los ponía al abrigo de las balas, esperó el regreso de su mensajero.

El ardor de su sangre no tardó en calmarse; y vió claro entonces el acto de hostilidad que iba á realizar contra el padre de Gertrudis.

Un violento combate se libró en su alma entre senti-

mientos contrarios de fuerza casi igual. Que persistiera ó que desistiese, era un sacrilegio lo que le parecía aquello. La voz del deber y la voz de la pasión hablaban tan alto la una como la otra en el fondo de su alma. ¿Cuál de las dos sería escuchada?

No había aún terminado la lucha tan larga como violenta entre aquellos dos antagonistas, cuando llegó el destacamento. Sucediera lo que sucediese, ya don Rafael no podía retroceder. Esta vez el deber triunfó.

El oficial tiró de su espada; se puso á la cabeza del destacamento; y á una señal suya el clarín tocó marcha haciendo saber á los habitantes de la hacienda que un cuerpo de caballería franqueaba la cadena de colinas.

Algunos minutos después, el destacamento se puso en filas ante la explanada; un jinete avanzó; el clarín sonó de nuevo y á nombre del capitán del ejército real don Rafael Tres Villas, se conminó á don Mariano de Silva á entregar, vivos ó muertos, á dos bandidos insurgentes, Arroyo y Bocardo.

Hecha la conminación, don Rafael inmóvil en su silla, pero pálida la frente y el corazón palpitante, esperó la respuesta de don Mariano.

El más profundo silencio respondió.